

GRAMSCI SOBRE INTELLECTUALIDAD Y BUROCRACIA, DESDE LA PERSPECTIVA DE LA CIENCIA POLÍTICA.

Erwin Aguirre de Lázaro.
Dr. C. Económicas, Profesor Titular de la UH.

INTRODUCCIÓN:

De los numerosos escritos del dirigente comunista italiano *Antonio Gramsci* (22/01/1891-27/04/1937), se destacan sus “Cuadernos de la cárcel” (1), redactados entre 08/02/1929 – verano de 1935, durante su reclusión por el gobierno fascista (08/11/1926-21/04/1937).

Son 33 carpetas donde, sin factibilidad de someterlas a un debate académico, anotó traducciones, glosas y reflexiones, hasta donde se lo permitieron, tanto su lógico temor a la lectura u ocupación de las mismas por los carceleros, como su salud gradualmente deteriorada, que le impidió terminarlas.

Un efecto de lo antedicho, fue que parte de las ideas no tienen referente fáctica; y otras parecen poseer una, tendente a desinformar a los guardianes, como era usual en casos análogos (2); lo cual ha de considerarse para su mejor comprensión, por una parte y, de la otra, les confiere valor heurístico.

Sus fuentes fueron, tanto la lectura de los libros y revistas en las respectivas bibliotecas de las prisiones donde cumplió sanción, más los que su cuñada *Tatiana (Tania) Schucht*, su hermano *Carlo* y su colaborador *Piero Sraffa*, pudieron hacerle llegar; como sus propias experiencias en la política italiana e internacional, adquiridas estas últimas en especial en el bienio (26/05/1922-12/05/1924) en que se ausentó de su país a fin de participar en reuniones de la *Internacional Comunista* e integrar su Ejecutivo, para el cual cumplió tareas en la URSS y Austria.

Ello le dio un conocimiento directo de la realidad soviética; de la cual se mantuvo al tanto desde su regreso a su país, al punto que le hizo enviar el 14/10/1926, una carta sobre la lucha de tendencias y el peligro de que las mismas liquiden “la función dirigente que el Partido Comunista de la URSS había conquistado por el impulso de Lenin”, al Comité Central de dicha organización, a nombre del Buró Político de su homólogo en Italia (I, 57).

Pese a las desfavorables condiciones y restricciones para redactar los “Cuadernos ...”, su frecuente formulación como hipótesis ⁽³⁾, los reiterados apuntes de *Gramsci* acerca del carácter preliminar, no acabado, de sus textos (I, 23) y su advertencia de que “una obra nunca puede ser identificada con el material bruto recogido para su” redacción (V, 249), aquellos han estado teniendo gran impacto desde su primera edición entre 1948-1951 y son parte de la herencia teórica del movimiento comunista internacional.

De la multiplicidad de temas tratados en esa obra, en Cuba se han destacado los de “sociedad civil” y “hegemonía” ⁽⁴⁾. Este último se refiere a que una clase o grupo social ejerce la **hegemonía** (= dominación política), no sólo mediante la coerción o violencia, con sus órganos represivos y administrativos en general, sobre bases legales, o no; sino además *cuando logra que las demás clases y grupos sociales acepten como legítimo su poder, produciendo y difundiendo su ideario a través de las escuelas, medios de difusión masiva, partidos políticos, sindicatos y demás organizaciones análogas de la sociedad civil*. Luego, la **hegemonía** se construye combinando la fuerza y el *consenso*. En las palabras de *Gramsci*:

“El criterio metodológico (...) es (...) que la supremacía de un grupo social se manifiesta de dos modos: como «dominio» y como «dirección intelectual y moral»”. “Un grupo social es **dominante** de los grupos adversarios y tiende a «liquidar» o a someter incluso con la fuerza armada, y es **dirigente** de los grupos afines y aliados. Un grupo social puede” y “debe ser *dirigente* (...) antes de conquistar el poder gubernamental –ésta es una de las condiciones principales para la misma conquista del poder–; después, cuando ejerce el poder y aunque lo tenga fuertemente en el puño, se vuelve *dominante*, pero debe seguir siendo también «dirigente»”. “En este sentido, la *dirección* política se convirtió en un aspecto de la función de *dominio*, en cuanto que la absorción de las élites de los grupos enemigos conduce a” su “decapitación (...) y (...) aniquilamiento durante un período a menudo muy largo”. Y reitera: “puede y debe existir una actividad *hegemónica* (...) antes del ascenso al poder y (...) no hay que contar sólo con la *fuerza* material que el poder da, para ejercer una *dirección* eficaz” (V, 387. Ver además I, 107).

En esa cita se mencionan “las élites” y, con éstas, un contenido del ideario gramsciano que ha merecido en nuestro medio menos atención de la que –según mi opinión– merece: la **intelectualidad** y, como parte de la misma, la **burocracia**; dos asuntos relacionados en los que se centra este trabajo, pensado desde –y sólo desde– la perspectiva de la ciencia política.

INTELECTUALIDAD:

En este asunto, las notas de *Gramsci*, dada su extensión, se clasificarán en siete cuestiones relacionadas:

- 1ª Contenido y extensión del concepto “intelectuales”, y sus relaciones con otras clases y grupos sociales.
- 2ª Algunas autopercepciones y prejuicios de los intelectuales.
- 3ª Funciones y estructura de la intelectualidad. Su crecimiento e implicaciones.
- 4ª Partidos políticos e intelectuales.
- 5ª Alianza entre trabajadores manuales e intelectuales.
- 6ª Rol de las instituciones docentes, científicas y culturales en general, en la producción y reproducción social de la intelectualidad.
- 7ª Dirigentes.

Contenido y extensión del concepto “intelectuales”, y sus relaciones con otras clases y grupos sociales:

Gramsci adopta implícitamente como punto de partida, que resulta: “El error metodológico más difundido” en la delimitación de los intelectuales, “el de haber buscado este criterio de distinción en lo intrínseco de las actividades intelectuales; y no (...) en el sistema de relaciones en el que (...) vienen a encontrarse” (IV, 355. Ver además II, 188).

Sobre tal premisa, sustenta que “no existe una clase independiente de intelectuales, sino que cada grupo social tiene su propia capa de intelectuales, o tiende a formársela” (V, 388).

En nota previa, detalla: “Cada grupo social (...) crea (...) una o más capas de intelectuales, que le dan (...) conciencia de su propia función, no sólo en el” ámbito “económico, sino también en el social y político”, entre las cuales “los empresarios”, “empleados especializados” del “organismo estatal” y “eclesiásticos” (IV, 353-354). En otro apunte, además de los sacerdotes, incluye a los docentes, periodistas, editores, especialistas de “instituciones de cultura”, “profesiones (...) como la de los médicos”, “oficiales del ejército, la magistratura” (IV, 259-260). Y en uno más, escribió: “El tipo tradicional y vulgarizado del intelectual, lo representa el literato, el filósofo, el artista. Por eso, los periodistas, que se consideran literatos, filósofos, artistas, se consideran a sí mismos también como (...) intelectuales” (IV, 382).

Además de tales definiciones por *enumeración*, da una mediante *género y diferencia específica*: los “intelectuales” son los “organizadores y **dirigentes**”: “un estrato de personas «especializadas» en la elaboración conceptual” (IV, 253).

En anotaciones adicionales, precisa los conceptos de “organizadores y **dirigentes**”: “Por intelectuales es preciso entender, no sólo aquellas capas comúnmente designadas con esta denominación, sino” además a “todo el estrato social que ejerce funciones organizativas en sentido lato, tanto en el campo de la producción, como en el de la cultura y (...) el político – administrativo”, incluyendo “a los suboficiales y oficiales” de las instituciones armadas” (V, 412. Ver además I, 103). Y establece la equivalencia entre los conceptos “el grupo **dirigente**” y “los intelectuales en sentido orgánico” (V, 388. Ver además I, 107).

También establece la equivalencia de “la llamada «clase política» de” *Gaetano “Mosca”* y “la categoría social del grupo social dominante”; la cual “debe relacionarse con el concepto de élite de” *Vilfredo “Pareto*, que es otro intento de interpretar el fenómeno histórico de los intelectuales y su función en la vida estatal y social” (III, 230).

Así mismo, precisa: “Cuando se distingue entre intelectuales y no – intelectuales”, “nos referimos solamente a la inmediata función social de la categoría profesional de los intelectuales; esto es, se toma en cuenta la dirección en que gravita el peso mayor de la actividad profesional, si en la elaboración intelectual, o en el esfuerzo muscular”. “Esto significa que (...) se puede hablar de intelectuales”, pero “no (...) de no – intelectuales, porque (...) no existen”.

Como “la (...) relación entre (...) elaboración intelectual (...) y esfuerzo muscular (...) no es siempre igual, por lo tanto, se tienen diversos grados de actividad específica intelectual. No existe actividad humana de la que se pueda excluir toda intervención intelectual”, ni “se puede separar el *homo faber* del *homo sapiens*” (IV, 381-382. Sobre la combinación de labor manual e intelectual en cada trabajo, ver además II, 200-201).

Antes, expuso que la evolución de la sociedad y, asociado con aquella, el de la división social del trabajo, han implicado, tanto “profundizar y dilatar la «intelectualidad» de cada individuo”, como “multiplicar las especializaciones y (...) afinarlas” (IV, 356).

Algunas autopercepciones y prejuicios de los intelectuales:

Gramsci señala tres:

- Percibirse como independientes de la clase o grupo social dominante: “los intelectuales, como” grupo “social”, “se concibe(n) a sí mism(os) como continuación

ininterrumpida en la historia” y, “por lo tanto, independientemente de la lucha de los grupos y no como expresión de un proceso dialéctico” en “el que cada grupo social dominante elabora una categoría propia de intelectuales” (IV, 269); las “capas” de la intelectualidad, tienden a percibirse “a sí mismas como (...) independientes del grupo social dominante”; “autoposición” con “consecuencias (...) de vasto alcance (...) en el campo ideológico y político” (IV, 354).

- Percibirse como árbitros y mediadores de las luchas políticas; en las que, por consiguiente, no deben comprometerse: “los intelectuales (...) se conciben a sí mismos como los árbitros y mediadores de las luchas políticas reales”, “que personifican la «catarsis» del momento económico, al (...) ético – político, o sea, la síntesis del proceso dialéctico; síntesis que ellos «manipulan» especulativamente en su cerebro, dosificando los elementos «arbitrariamente» –o sea, pasionalmente–. Esta posición justifica su no «comprometerse» con “el acto histórico real” (IV, 124. Ver además III, 338 y V, 207).
- Evaluar los procesos políticos por sus grandes personalidades y la forma de redacción de sus ideas, en vez de hacerlo a partir de su necesidad y eficacia para satisfacerla: “Un prejuicio de intelectuales es el de medir los movimientos históricos y políticos con el rasero (...) de la (...) expresión literaria y (...) las grandes personalidades”, “y no por (...) la necesidad histórica y (...) la capacidad (...) de conformar el medio al fin. Este prejuicio es también popular en ciertas fases de la organización política –fase de los hombres carismáticos–”: “el (...) político debe ser gran orador” e “intelectual”, “tener el «carisma» del genio, etc.” (IV, 187. Cf. III, 149).

Funciones y estructura de la intelectualidad. Su crecimiento e implicaciones:

Gramsci se refirió a funciones **nacionales** e **internacionales**. Las funciones **nacionales** las clasificó en “orgánicas” y “conectivas”. Las funciones “orgánicas” son las derivadas de la mencionada formación de *consenso* y ejercicio de la *coerción* para garantizar la *hegemonía* de la clase o grupo social políticamente dominante. Las funciones “conectivas” son las de administración (= planificación, organización, gestión y control) de la producción de bienes y servicios, así como de prestación de servicios profesionales y de vinculación de la población con administraciones públicas nacionales y locales.

Para el cumplimiento de ambas clases de funciones, se produce una división social del trabajo intelectual, de la cual emerge una estratificación de los intelectuales. Esa estratificación, en la sociedad capitalista, conduce a un crecimiento cuantitativo de la intelectualidad tal, que causa un salto cualitativo, entre cuyos efectos están los fenómenos de competencia, necesidad de asociación, sobre – calificación, desempleo y emigración. En las palabras de *Gramsci*:

“La relación entre los intelectuales y el mundo de la producción no es inmediata, como sucede para los grupos sociales fundamentales, sino que resulta “«mediada» en diverso grado”, “por el conjunto de las superestructuras, de las que precisamente los intelectuales son los «funcionarios». Podría medirse la «organicidad» de los diversos estratos intelectuales, su más o menos estrecha conexión con un grupo social fundamental, estableciendo una gradación de las funciones y de las superestructuras desde (...) la base estructural para arriba. Es posible (...) establecer dos grandes «planos» superestructurales: el que se puede llamar de la «sociedad civil», o sea, del conjunto de organismos vulgarmente llamados «privados»; y el de la «sociedad política o Estado» y que corresponden a la función de «hegemonía» que el grupo dominante ejerce en toda la sociedad y al de «dominio directo» o de mando que se expresa en el Estado y (...) el gobierno «jurídico». Estas funciones son (...) **orgánicas y conectivas**.

Los intelectuales son los «encargados» por el grupo dominante para el ejercicio de las funciones subalternas de la hegemonía social y del gobierno político, esto es: 1) del *consenso* «espontáneo» dado por las grandes masas de la población a la orientación” que traza “el grupo dominante fundamental, consenso que nace «históricamente» del prestigio –y, por lo tanto, de la confianza– derivado por el grupo dominante, de su posición y (...) función en el mundo de la producción; 2) del aparato de *coerción* estatal que asegura «legalmente» la disciplina de aquellos grupos que no «consienten» (...) activa ni pasivamente, pero (...) está constituido por toda la sociedad, en previsión de los momentos de crisis en el mando”.

“Este planteamiento del problema da como resultado una extensión muy grande del concepto de intelectual, pero (...) la misma función organizativa de la hegemonía social y del dominio estatal, da lugar a una cierta división del trabajo y, por lo tanto, a toda una gradación de calificaciones, en algunas de las cuales no aparece ya (...) atribución directiva” ni “organizativa”: en el aparato de dirección social y estatal existe toda una serie de empleados de carácter manual e instrumental –de orden y no de concepto, de agente y no de oficial o funcionario (...)–”.

“De hecho, la actividad intelectual debe ser diferenciada en grados, incluso desde el punto de vista intrínseco”, “que en los momentos de extrema oposición dan una (...) diferencia cualitativa: en el escalón más elevado habrá que poner a los creadores de las diversas ciencias”, “la filosofía”, el “arte, etc.”; en el más bajo, a los más humildes «administradores» y divulgadores de la riqueza intelectual ya existente”. “El organismo militar también (...) ofrece un modelo de estas complejas gradaciones”. “Es interesante

notar que todas estas partes se sienten solidarias” y “que los estratos inferiores manifiestan un espíritu de cuerpo más marcado”.

“En el mundo moderno, la categoría de los intelectuales, así entendida, se ha ampliado de forma inaudita”. “La formación de masas” de intelectuales “ha estandarizado a los individuos, tanto” en su “calificación individual”, “como” en su “psicología”; y dado lugar a “los mismos fenómenos que en las demás masas estandarizadas: competencia –que plantea la necesidad de la organización profesional de defensa–, desocupación, superproducción escolar ⁽⁵⁾, emigración ⁽⁶⁾, etc.”.

“Diversa posición de los intelectuales de tipo *urbano* y (...) *rural*. Los intelectuales de tipo *urbano* han crecido junto con la industria y están ligados a su destino. Su función puede ser parangonada con la de los oficiales subalternos en el ejército: no tienen (...) iniciativa (...) para construir los planes de producción: ponen en relación, articulándola, la masa instrumental con el empresario, elaborando la ejecución inmediata del plan de producción establecido por el Estado Mayor de la industria, controlando sus fases laborales fundamentales. En su mayoría”, “los intelectuales *urbanos* están muy estandarizados; los altos intelectuales *urbanos*, se confunden (...) con el (...) Estado Mayor industrial”.

“Los intelectuales de tipo *rural* son en gran parte «tradicionales», o sea, ligados a la masa social campesina y pequeñoburguesa de ciudad” ⁽⁷⁾, “todavía no (...) puesta en movimiento por el sistema capitalista: este tipo de intelectual pone en contacto a la masa (...) con la administración estatal o local (...) y por esta (...) función tiene una gran” importancia “político – social, porque la mediación profesional es difícilmente separable de la mediación política. Además, en el campo ⁽⁸⁾, el intelectual (...) tiene un nivel de vida medio superior o alto, distinto del correspondiente al campesino medio” y otros grupos sociales “y, por eso, representan para” esos grupos “un modelo (...) en la aspiración a salir de su condición y mejorarla” (IV, 357-359. Ver además II, 188-189).

Gramsci atribuye a la intelectualidad las funciones **internacionales** de socializar su producción cultural y proponer soluciones a los conflictos en ese ámbito. En sus palabras: “La función” de “los «intelectuales» (...) a escala **internacional**, es la de (...) «socializar» los hallazgos técnicos que hacen funcional toda actividad de dirección”, e “imaginar compromisos (...) entre las soluciones extremas” (V, 37. Ver además II, 170).

Y para evaluar las funciones nacionales e internacionales de los intelectuales, hay que investigar sus actitudes hacia las clases fundamentales:

- Dirigidos: si se consideran parte de los dirigidos, o bien tienen una posición paternalista con estos.
- Dirigentes: si se consideran todos o parte de los dirigentes, o bien tienen una posición servil con estos.

En las palabras de *Gramsci*: “Para analizar la función político – social de los intelectuales, hay que investigar (...) su actitud (...) frente a las clases fundamentales”: “¿Tienen una actitud «paternalista» frente a las clases instrumentales (9), o creen ser una expresión orgánica suya?, ¿Tienen una actitud «servil» frente a las clases dirigentes, o se creen ellas mismas dirigentes” o “parte integrante de las clases dirigentes?” (V, 412. Ver además I, 103).

Partidos políticos e intelectuales:

Gramsci percibe las relaciones en ambos sentidos:

- Los partidos políticos son, para *todos* los grupos sociales, el medio en aras de fusionar las diversas categorías de intelectuales, a fin de tornarlos en dirigentes y organizadores de las actividades de las sociedades política y civil; y en *algunos* grupos sociales, el medio en función de crear su propia intelectualidad.
- Los intelectuales en un partido político, sobre la base de una concepción del mundo, producen el ideario político y ético que regula el funcionamiento y la estructuración de aquél.

En sus palabras: “1) Para algunos grupos sociales, el partido político (...) es (...) el modo (...) de” crear “su propia categoría de intelectuales”. “2) El partido político, para todos los grupos” sociales, “es (...) el medio que, en la sociedad *civil*, cumple la misma función que” realiza “el Estado”, “más vasta y (...) sintéticamente, en la sociedad *política*; o sea, que procura la fusión entre intelectuales orgánicos” del “grupo” social “dominante, e intelectuales tradicionales”, “hasta hacerlos convertirse en intelectuales (...) calificados, dirigentes” y “organizadores de todas las actividades (...) inherentes al desarrollo (...) de una sociedad (...) *civil* y *política*” (IV, 359-360. Ver además II, 190).

Y en nota previa: “Debe ponerse de relieve la importancia y el significado que tienen (...) los partidos políticos, en la” creación “y difusión de las concepciones del mundo, en cuanto (...) elaboran la ética y la política conformes a aquellas”. “Por eso, puede decirse que los partidos son los elaboradores de las nuevas intelectualidades integrales”, “o sea, el crisol de la unificación de teoría y práctica, entendida como proceso histórico”; “porque, si se trata de dirigir orgánicamente «toda la masa económicamente activa»” (10), entonces habría que hacerlo, “no según viejos esquemas, sino innovando; y la

innovación no puede llegar a ser de masas en sus primeras etapas, sino por mediación de una élite, en la que la concepción implícita en la humana actividad, se haya convertido ya, en cierta medida, en conciencia (...) sistemática, y voluntad precisa y decidida” (IV, 254).

Alianza entre trabajadores manuales e intelectuales:

Gramsci adopta implícitamente como punto de partida, que para lograr la hegemonía una clase o grupo social, ha de “conquistar” a los intelectuales tradicionales, o bien sustituirlos con otros “nuevos”, quienes se sientan tales y no una continuidad “de la precedente *intelligentzia*”. En ambos casos, la eficacia y rapidez del proceso es función de que aquella cree su propia intelectualidad.

Cuando esa clase o grupo social lucha por el progreso social, tiende a conquistar a los intelectuales de las otras clases o grupo sociales. Al agotar aquella su rol progresista, el “bloque ideológico” así formado, tiende a una ruptura; dada la cual, se pasa gradualmente, del *consenso*, a la *coerción*.

En el momento inicial, de difusión de la nueva concepción del mundo, tres condiciones que facilitan ese proceso son: 1) Forma de divulgación, 2) Militancia en una organización que la sustente y 3) Autoridad del dirigente superior e intelectuales que lo asisten.

Dada esta última, para la construcción del socialismo es necesario un “bloque” (= alianza) entre trabajadores manuales e intelectuales; lo cual implica, tanto crear una intelectualidad que surja de las masas populares y se mantenga en contacto con éstas, como la emergencia de líderes intelectuales.

Ello formula un conjunto de problemas, entre los cuales está el trazado de una **política cultural**, que fije apropiadamente los derechos y límites para la creación científica e intelectual en general, al igual que la diseminación de sus productos, previa evaluación académica, sobre la base de las libertades de discutir y discrepar, sin *criterio de autoridad*, controles administrativos ni policiales, e intolerancia respecto a otros puntos de vista.

Tal proceso es contradictorio, prolongado y difícil; en el que ocurren eventualmente “momentos” de “pérdida de contacto”, por tendencias sociales y epistemológicas, cuyo sujeto portador son los intelectuales quienes asumieron la filosofía marxista – leninista:

- Como regla, no salieron de las masas populares, sino de otras clases sociales; y, ante situaciones coyunturales, tienden a irse a sus grupos de referencia u origen, o bien revisar esa filosofía.
- Tienden a una posición determinista vulgar, que los conduce a la pasividad o autosuficiencia.

En las palabras de *Gramsci*: “una gran masa no se puede convertir molecularmente ⁽¹¹⁾: es preciso, para acelerar el proceso, conquistar a los dirigentes naturales de las grandes masas –o sea, a los intelectuales–, o formar grupos de intelectuales de nuevo

tipo”; “de ahí la necesidad de conocer (...) los modos de pensar” e “ideologías de” los “intelectuales” en un lugar y momento dados, “para entender mejor su organización de hegemonía cultural y moral”, a fin de “destruirla o asimilarla” (III, 191).

Y reitera: “Se forman históricamente categorías especializadas para el ejercicio de la función intelectual”, “en conexión con todos los grupos sociales”, “especialmente (...) los (...) importantes y” en particular “el grupo social dominante. Una de las características más relevantes de cada grupo” social que brega por “el dominio” político, “es su lucha por la asimilación y la conquista «ideológica» de los intelectuales tradicionales; asimilación y conquista (...) tanto más rápida y eficaz, cuanto más elabora simultáneamente el grupo dado sus propios intelectuales” (IV, 353-354. Ver además II, 186-188).

Esto último pasa porque “los intelectuales de la clase históricamente (...) progresista”, “ejercen un poder de atracción tal, que acaban por subordinarse a los intelectuales de los otros grupos sociales”.

“Este hecho se da «espontáneamente» en los períodos históricos en los que el grupo social dado (...) hace avanzar (...) a toda la sociedad”.

“Apenas el grupo social dominante ha agotado su función, el bloque ideológico tiende a desmoronarse y entonces, a la «espontaneidad», puede suceder la «constricción», en formas cada vez menos (...) indirectas, hasta las auténticas medidas de policía” (V, 388. Ver además I, 107-108).

En términos generales: “Cada nuevo (...) tipo de sociedad crea una nueva superestructura, cuyos representantes especializados (...) –los intelectuales–”, deben “concebirse como también (...) «nuevos» intelectuales, surgidos de la nueva situación (12) y no continuación de la precedente intelectualidad. Si los «nuevos» intelectuales se sitúan como continuación directa de la precedente *intelligentzia*”, entonces “no son (...) «nuevos»”, en el sentido de que “no están ligados al nuevo grupo social que representa (...) la nueva situación histórica, sino” constituyen “un residuo conservador (...) del grupo social superado históricamente” (IV, 269-270).

A modo de conclusión: “El problema de la creación de una nueva intelectualidad consiste (...) en elaborar críticamente la actividad intelectual que en cada uno existe en cierto grado de desarrollo, modificando su relación con el esfuerzo muscular (...) hacia un nuevo equilibrio y obteniendo que el mismo esfuerzo muscular”, “en cuanto elemento de una actividad práctica general, que renueva perpetuamente el mundo físico y social,

se convierta en fundamento de una concepción del mundo nueva e integral (¹³)” (IV, 382).

Como tal “concepción del mundo nueva e integral”, “la filosofía de la praxis” (¹⁴), “afirma la exigencia del contacto entre intelectuales y simples (sic), no (...) para limitar la actividad científica y (...) mantener una unidad al bajo nivel de las masas, sino” a fin de “construir un **bloque** (...) que haga políticamente posible un progreso intelectual de masas y no sólo de escasos grupos intelectuales (¹⁵)”.

Una condición necesaria para ello es la de “autoconciencia crítica”, que a su vez “significa (...) creación de una élite de intelectuales: una masa humana no se (...) vuelve independiente «por sí misma» sin organizarse”, “y no hay organización sin intelectuales”. “Pero este proceso de creación de los intelectuales es largo, difícil, lleno de contradicciones, de avances y retiradas”, “en los que la «fidelidad» de la masa –y la fidelidad y disciplina son inicialmente la forma que asume la adhesión de la masa y su colaboración en el desarrollo de todo el fenómeno ulterior–, es sometida en ocasiones a duras pruebas. El proceso de desarrollo está ligado a una dialéctica intelectuales – masa; el estrato de los intelectuales se desarrolla cuantitativa y cualitativamente, pero cada salto hacia una nueva «amplitud» y complejidad” de dicho “estrato”, “está ligado a un movimiento análogo de la masa”, “que se eleva hacia niveles superiores de cultura y amplía simultáneamente su círculo de influencia, con puntas individuales” y “grupos más o menos importantes hacia el estrato de los intelectuales”. “Sin embargo, en el proceso se repiten continuamente momentos en los que entre masa e intelectuales –o un grupo de estos–, se forma una (...) pérdida de contacto” (IV, 252-254).

A ello cabe asociar que “hasta ahora con la filosofía de la praxis” (¹⁴), “los grandes intelectuales formados” en ese ideario, “además de ser poco numerosos, no estaban ligados al pueblo”, ni “salieron” del mismo, “sino que fueron la expresión de clases intermedias tradicionales, a las cuales regresaron en los grandes «virajes» históricos; otros, permanecieron, pero para someter la nueva concepción a una revisión sistemática, no” a fin de “procurar su desarrollo” (V, 265. Ver además II, 136-137).

También, que: “Se puede observar cómo el elemento determinista (...) mecanicista ha sido”, en “la filosofía de la praxis” (¹⁴), una forma de excitante –pero a la manera de los estupefacientes–, “justificada históricamente por el carácter «subalterno» de determinados estratos sociales. Cuando (¹⁶) no se tiene la iniciativa en la lucha y” en ésta se sufre “una serie de derrotas, el determinismo mecánico se convierte en una fuerza formidable de resistencia moral”, “cohesión” y “perseverancia: «yo estoy derrotado momentáneamente, pero la fuerza de las cosas trabaja para mí a largo plazo (...)»”. La voluntad (...) adopta la apariencia de acto de fe, de una cierta racionalidad de la historia, de una forma empírica y primitiva de finalismo apasionado, que aparece como una sustitución de la predestinación” en “las religiones”.

“Pero cuando el «subalterno» se vuelve dirigente y responsable de la actividad económica de las masas (17), el mecanicismo aparece (...) como un peligro”, dado lo cual “hay que demostrar la futilidad del determinismo mecánico, que (...) cuando es asumido como filosofía (...) coherente por (...) los intelectuales, se convierte en causa de pasividad” e “imbécil autosuficiencia” (IV, 255. Ver además III, 320-321 y IV, 260-261).

Seguidamente, retoma el ya mencionado “proceso de difusión” de “las nuevas concepciones del mundo” (13), en el cual “influyen”: “la forma racional en la que la nueva concepción es expuesta”, “la autoridad (...) del *expositor* (18) y de los pensadores y (en especial) científicos que el expositor llama en su auxilio (19), y “pertenencia a la misma organización de quien sostiene la nueva concepción”. “De ahí” que una de las condiciones necesarias para ese proceso sea “trabajar sin cesar para (...) crear élites intelectuales de un nuevo tipo, que surjan directamente de la masa, aunque permaneciendo en contacto con ella”. “Esta (...) necesidad, si es satisfecha”, entonces “es la que realmente modifica el «panorama ideológico» de una época”.

“Por otra parte, estas élites tampoco pueden constituirse y desarrollarse sin que en su interior se produzca una jerarquización de autoridad y de competencia intelectual, que puede culminar en un gran filósofo”, “si éste es capaz de” satisfacer “las exigencias de la (...) comunidad ideológica”, que (...) no puede tener la” rapidez “propia de un cerebro individual” que “logre elaborar formalmente la doctrina”, “del modo más (...) adecuado a los modos de pensar” del “colectivo”.

En tal proceso se “plantean muchos problemas”, “de los cuales” uno de “los más importantes”, resulta “el modo y la calidad de las relaciones entre los diversos estratos intelectualmente calificados, o sea, en la función que debe y puede tener la aportación creativa de los grupos superiores, en conexión con la capacidad orgánica de discusión y de desarrollo de nuevos conceptos críticos por (...) los estratos subordinados intelectualmente. Es decir, se trata de establecer los límites de la libertad de discusión y de propaganda; libertad que no debe ser entendida en el sentido administrativo y policiaco, sino de *autolimitación que los dirigentes* (20) *ponen a su propia actividad*”, mediante la “fijación de una (...) **política cultural**. En otras palabras: ¿quién establecerá los «derechos de la ciencia» y los límites de la investigación científica? y ¿podrán estos derechos y (...) límites ser apropiadamente fijados?.

Parece necesario que el trabajo de búsqueda de nuevas verdades, y de mejores” –en el sentido de “más coherentes y claras– formulaciones de las verdades mismas, sea dejado a la libre iniciativa de los científicos individuales” y su “discusión” colectiva de

“los (...) principios (...) esenciales”, pues “no será difícil poner en claro cuándo tales iniciativas” y “discusión, tengan motivos interesados y no de carácter científico. No es imposible, por lo demás”, “que las iniciativas individuales sean disciplinadas y ordenadas, de modo que pasen por el cedazo de academias” ⁽²¹⁾ “y, sólo después de haber sido seleccionadas, se hagan públicas” (IV, 256, 258 y 259).

De la polémica como método para la evaluación académica, en una nota previa escribió: “no hay que concebir la discusión científica como un proceso judicial, en el que hay un acusado y (...) un procurador que, por obligación del oficio, debe demostrar que” aquél “es culpable y digno de ser eliminado de la circulación” ⁽²²⁾. Al contrario: “como se supone que el interés es la búsqueda de la verdad y el progreso de la ciencia, se demuestra más «avanzado» quien se sitúa en el punto de vista de que el adversario puede manifestar una exigencia que debe ser incorporada, aunque sea como momento subordinado, en su propia construcción. Comprender y evaluar” de modo desprejuiciado y objetivo “la posición y las razones del adversario –y a veces el adversario es todo el pensamiento pasado–, significa precisamente haberse liberado” del “ciego fanatismo” y “ponerse en un punto de vista «crítico», el único fecundo en la investigación científica” (IV, 157).

En anotación ulterior amplía sobre la necesidad de polemizar “con adversarios capaces”, “y no sólo con personas (...) impreparadas que se convencen «autoritariamente» ⁽²²⁾ o por vía «emocional». La posibilidad de error debe ser afirmada y justificada, sin faltar con ello a la propia concepción; porque lo que importa, no es la opinión de Fulano, Mengano y Zutano ⁽²²⁾, sino aquél conjunto de” ideas “colectivas” (IV, 269).

Rol de las instituciones docentes, científicas y culturales en general, en la producción y reproducción social de la intelectualidad:

Gramsci adopta implícitamente como punto de partida, que la producción y reproducción social de la intelectualidad, debe realizarse mediante la integración de instituciones artísticas, científicas y docentes, tanto civiles como militares, que tengan centros nacionales y filiales territoriales, y laboren en coordinación con las administraciones pública y empresarial.

Tales instituciones deben desarrollar –uniendo dialécticamente la centralización y descentralización–, proyectos de docencia –posgraduada, inclusive–, creación artística, investigación científica, desarrollo e innovación tecnológica, y eventos científicos y

culturales en general; todo ello, para satisfacer las necesidades de la sociedad, en particular los problemas de la producción de bienes y servicios, y su administración.

En consecuencia, el aumento de la cuantía y los años que impartan las instituciones docentes, son indicadores del desarrollo de la intelectualidad y su producción.

En esas instituciones no debe aplicarse *modelos pedagógicos* que propendan al facilismo y, por ello, no desarrollen las competencias profesionales ni disciplina necesarias.

La enseñanza de la ideología marxista entre las masas populares debe hacerse mediante una labor *dirigida centralizadamente; sistemática*, pero no machacona; y *paciente*, a un ritmo más lento que otros cambios políticos.

No se debe incurrir en el “error iluminista” de basarla en la mera diseminación reiterativa de “principios claros”, sino relacionarla con los problemas vitales de tales masas y, por ende, su solución mediante aplicaciones de la ciencia y la tecnología –es decir: innovaciones tecnológicas–.

Respecto a esto último, señala cómo el progreso de la Ciencia y la Tecnología se manifiesta más en las innovaciones tecnológicas, que con los medios para la realización de aquellas.

Dicho progreso se puede reflejar en la psicología social como “superstición científica”, que mezcla la sobrevaloración del impacto económico y social de la ciencia y la tecnología, con la ignorancia sobre sus productos y métodos; y debe prevenirse mediante la divulgación científica por los propios investigadores, no periodistas que hablan y escriben acerca de todos los temas, sin ser verdaderos especialistas en alguno.

Gramsci escribió un conjunto de reflexiones sobre la reforma escolar, como una de las premisas para la formación de una nueva intelectualidad, que rebasa los límites del presente trabajo, tanto por su contenido, como extensión (IV, 369-372).

De tales reflexiones, concluye que su “advenimiento”, “significa el comienzo de nuevas relaciones entre trabajo intelectual” e “industrial, no sólo en la escuela, sino en toda la vida social”; y “se reflejará, por lo tanto, en todos los organismos de cultura, transformándoles y dándoles un nuevo contenido”; lo cual plantea el “problema de las nuevas funciones que podrán asumir las Universidades y (...) Academias: hoy, estas (...) instituciones son independientes la una de la otra”. “En una nueva situación ⁽²³⁾ de relaciones entre vida y cultura, entre trabajo intelectual” e “industrial, las academias deberían convertirse en la organización cultural –de sistematización, expansión y

creación intelectual– de aquellos elementos que, después de la escuela, pasarán al trabajo profesional; y en un terreno de encuentro entre ellos y los universitarios. Los elementos sociales empleados en el trabajo profesional, no deben caer en la pasividad intelectual, sino (...) deben tener a su disposición –por iniciativa colectiva y no de individuos aislados, como función (...) orgánica reconocida de pública necesidad y utilidad– institutos especializados en todas las ramas de investigación y trabajo científico, en los cuales podrán colaborar y en los que encontrarán todos los subsidios necesarios para cualquier forma de actividad cultural que se propongan emprender. La organización académica deberá ser reorganizada (...) de arriba – abajo”, con “centros nacionales” que tendrán representaciones territoriales, las cuales desarrollarán tanto la investigación científica y el desarrollo tecnológico, como las “actividades vinculadas a la vida colectiva, al mundo de la producción y del trabajo” (24).

Se controlarán las conferencias industriales, la (...) organización científica del trabajo, los laboratorios experimentales de fábricas, etc. Se construirá un mecanismo para seleccionar y hacer avanzar las capacidades individuales de la masa popular, que hoy son sacrificadas en errores y tentativas sin salida”. “Congresos periódicos de diverso grado, harán conocer a los más capaces”.

“La colaboración entre estos organismos y las universidades deberá ser estrecha, así como con todas las escuelas superiores especializadas de todo género –militares”, “etc.–. El objetivo es obtener una centralización y un impulso de la cultura nacional”.

Tal centralización no debe impedir, sino –por el contrario– promover “iniciativas” locales, que “deberían ser concebidas como capaces de ser absorbidas en el esquema general y, al mismo tiempo, como elementos vitales que tienden a” desarrollarlo (IV, 372-373. Ver además II, 199-200).

Y en una nota ulterior, precisa: “La elaboración nacional unitaria de una conciencia colectiva homogénea, exige condiciones e iniciativas múltiples. La difusión desde un centro”, “de un modo de pensar y actuar homogéneo, es la condición principal, pero no debe” ni “puede ser la única. Un error muy difundido consiste en pensar que cada” grupo “social elabora su conciencia y su cultura (...) con los mismos métodos (...) de los intelectuales de profesión. El intelectual es un «profesionista»”, “que conoce el funcionamiento de sus propias «máquinas» especializadas; tiene su propio «aprendizaje» y (...) «sistema Taylor». Es (...) ilusorio atribuir a todos los” sujetos “esta capacidad adquirida”, “no innata”. “Es pueril pensar que un «concepto claro», oportunistamente difundido, se inserte en las diversas conciencias con los mismos efectos”: “éste es un error «iluminista»”.

“La «repetición» paciente y sistemática es (...) fundamental: pero (...) no mecánica” ni “«obsesionante»”, “sino la adaptación de cada concepto a las diversas peculiaridades y tradiciones culturales, el presentarlo (...) en todos sus aspectos positivos y en sus negaciones tradicionales, organizando siempre cada aspecto parcial en la totalidad”.

“El trabajo educativo – formativo que un centro homogéneo de cultura desarrolla, la elaboración de una conciencia crítica que éste promueve y favorece”, “no puede limitarse a la (...) enunciación teórica de principios «claros»”: “ésta sería” propia “de «filósofos»” iluministas.

“En” tal sentido, “un criterio más general: los cambios en los modos de pensar”, “creencias” y “opiniones, no suceden por «explosiones» rápidas, simultáneas y generalizadas; suceden, por el contrario, casi siempre”, mediante «combinaciones sucesivas», según «fórmulas» diversidísimas, e incontrolables «por autoridad». La ilusión «explosiva» nace de la ausencia de espíritu crítico”, pues “en la esfera de la cultura, los diversos estratos ideológicos se combinan diversamente y (...) las «explosiones» son (...) menos frecuentes” e “intensas que en la esfera de la técnica”, “donde una innovación se difunde, al menos en el plano más elevado, con relativa rapidez”. “Se confunde la «explosión» de pasiones políticas (...) en un período de transformaciones (...) a las cuales no corresponden (...) una adecuada organización jurídica, sino (...) coerciones directas e indirectas, con las transformaciones culturales, que son lentas y graduales” (V, 165-167. Ver además I, 99-100).

En apunte previo, alerta: “El (...) que se esfuerza con los” estudios “se fatiga”, “y hay que procurar que sufra la fatiga indispensable y no más; pero también (...) deberá fatigarse, para aprender a forzarse a sí mismo a privaciones y (...) someterse a un aprendizaje”. “Hay que persuadir a mucha gente de que (...) el estudio es (...) muy fatigoso”, por lo cual requiere “un proceso de adaptación”, hasta devenir “un hábito adquirido mediante el esfuerzo, el aburrimiento, e incluso el sufrimiento. La participación de masas más vastas en la escuela”, “acarrea la tendencia a disminuir la disciplina del estudio” y “exigir «facilidades»”. “En una nueva situación ⁽¹³⁾”, “habrá que resistir la tendencia” de “hacer fácil aquello que no puede serlo sin desnaturalizarse. Si se quiere crear un nuevo estrato de intelectuales, hasta llegar a las más grandes especializaciones”, entonces “habrá que superar dificultades inauditas”.

“En el mundo moderno, la educación técnica, estrechamente vinculada al trabajo” de producción de bienes y servicios, “incluso al más (...) descalificado, debe formar la base del nuevo tipo de intelectual”: “El modo de ser del nuevo intelectual no puede seguir consistiendo en la elocuencia”, “sino en el mezclarse activamente en la (...) práctica,

como constructor, organizador, «persuasor permanentemente»; “de la técnica – trabajo, llega a la técnica – ciencia y (...) la concepción humanista”, “sin la cual se permanece como «especialista» y no se llega a «dirigente» = especialista + político” (IV, 381-382).

Por ello, “el gran intelectual debe (...) convertirse en un organizador de los aspectos prácticos de la cultura, si quiere seguir dirigiendo; debe democratizarse, ser más actual” (III, 17).

“Puede observarse (...) que, en la civilización moderna, todas las *actividades prácticas* se han vuelto tan complejas y las ciencias se han entrelazado a tal punto con la vida, que” cada una de *aquellas*, “tiende a crear una escuela para sus propios dirigentes y especialistas y, por consiguiente, a crear un grupo de intelectuales especialistas de grado más elevado, que enseñan en estas escuelas”.

También puede notarse que “cada actividad *intelectual* tiende a crearse sus propios círculos de cultura, que asumen la función de instituciones postescolares especializadas para” crear “las condiciones” que permitan “mantenerse al corriente de los progresos que se realizan en cada rama científica” (IV, 366-367. Ver además II, 195-196).

Ergo: “La escuela es el instrumento para elaborar los intelectuales de diverso grado. La complejidad de la función intelectual en los diversos Estados, se puede medir (...) por la cantidad de escuelas especializadas y (...) su jerarquización: cuanto más extensa es el «área» escolar y cuanto más numerosos los «grados verticales» de la escuela, tanto más complejo es el mundo cultural de un determinado Estado” (IV, 356).

Y respecto al nexo divulgación de la filosofía – trabajo – ciencia y tecnología: “No es posible pensar en la (...) difusión de una filosofía que no sea al mismo tiempo política actual, estrechamente ligada a la actividad preponderante en la vida de las clases populares: el trabajo, y que se no se presente, por lo tanto, dentro de ciertos límites, como vinculada necesariamente a la ciencia” (IV, 182).

El progreso de la ciencia y la tecnología se refleja más en las innovaciones basadas en aquellas, que con el desarrollo de los medios para la investigación científica y el desarrollo tecnológico (IV, 280-281. Ver además III, 147-148).

Pero “debe señalarse que, junto al más superficial entusiasmo por las ciencias, existe (...) la mayor ignorancia de los” descubrimientos “y los métodos científicos”. “La superstición *científica* lleva consigo ilusiones tan ridículas”, “que la superstición *religiosa*

resulta ennoblecida. El progreso científico ha hecho nacer la creencia y expectativa de un nuevo tipo de Mesías”, quienes “por obra de mecanismos cada vez más perfeccionados, darán a la sociedad en abundancia todo lo que necesita para satisfacer sus necesidades y vivir desahogadamente. Contra esta ilusión”, que “conduce a (...) destruir todo amor al trabajo concreto y necesario”, “hay que combatir con diversos medios, de los cuales el más importante debería ser” la divulgación científica y tecnológica, “por medio de científicos (...) serios y no (...) de periodistas omnisapientes y (...) presuntuosos. En realidad, puesto que se espera demasiado de la ciencia, se la concibe como una brujería de tipo superior y por ello no se logra valorar de manera realista” lo “que concretamente ofrece” (IV, 310. Ver además II, 225).

Dirigentes:

Gramsci adopta implícitamente como punto de partida, la existencia de “gobernantes” y “gobernados”, en calidad de contradicción dialéctica genética del sistema político. La “ciencia” o “técnica” política debe investigar los “orígenes” de tal contradicción en “la división del trabajo”; al igual que los métodos para elevar la eficacia y preparación de los dirigentes, así como lograr “la obediencia de los dirigidos”. Producto de tales estudios debe descubrirse “principios” que ayuden a prevenir errores en las relaciones de jerarquía – subordinación y mejoren en los administradores su honestidad, autocrítica, uso de los productos de la ciencia y la tecnología, e interés por las condiciones de vida de las masas.

Plantea la creencia errónea de que un máximo dirigente posee autoridad al margen de toda discusión y crítica, y ha de ser obedecido sin necesidad de justificación; dado lo cual, sus decisiones tienen que cumplirse por su convicción de que son justas y racionales y, si no se realizan, entonces la culpa es ajena.

En esa serie de ideas, la disciplina no debe ser “mecánica”, basada en la recepción y ejecución acríticas de órdenes y consignas. Por el contrario, debe ser **consciente**, fundamentada en una autoridad legítima, no sólo *formal*, debido a la posición en la línea de mando, sino además *informal*, en particular *técnica*.

Los dirigentes deben ser honestos; practicar una autocrítica sincera, no “hipócrita” y, en relación con ello, no mentir sobre las *debilidades* propias ni las *fortalezas* del enemigo; tampoco, tender a: minimizar al “adversario”, creer que las victorias ganadas en sueños ya son reales, subestimar las “pequeñas” tareas de administración cotidiana en aras de

grandiosos proyectos, ni “forzar arbitrariamente una tesis científica” en función de “un mito”.

Los gobernantes también deben ocuparse de mejorar “el nivel de vida material del pueblo”, no sólo por meras razones políticas ni de humanidad o justicia social, sino además de fortaleza estatal.

En las palabras de *Gramsci*: “existen (...) gobernados y gobernantes, dirigentes y dirigidos. Toda la ciencia y el arte políticos, se basan en este hecho primordial” e “irreductible”, cuyos “orígenes (...) son un problema”, “que deberá ser estudiado”; al igual que “cómo se puede dirigir del modo más eficaz –dados ciertos fines–”, “cómo preparar del mejor modo a los dirigentes” y cuáles resultan “las líneas de menos resistencia o más racionales para obtener la obediencia de los dirigidos o gobernados”.

La contradicción dialéctica dirigentes – dirigidos “es una creación de la división del trabajo, es un hecho técnico”, a partir del cual “hay que establecer algunos principios”, “y (...) en este terreno (...) se producen «errores»”, como la creencia de que “la obediencia debe ser automática” y “darse sin que se requiera una demostración de «necesidad» y racionalidad; y no sólo esto, sino que ha de ser indiscutible”. “Así, es difícil extirpar de los dirigentes (...) el convencimiento de que una cosa se hará porque el dirigente considere justo y racional que se haga” y “si no se hace, la «culpa» cae sobre quien «habría debido», etc.”; lo cual conduce a “la costumbre criminal de descuidar el evitar sacrificios inútiles”. Pero “el sentido común demuestra que la mayor parte de los desastres (...) políticos suceden porque (...) se ha demostrado no tener en cuenta los sacrificios ajenos, o se ha jugado con el pellejo ajeno”; “por lo que siempre, después de cada fracaso, es preciso, ante todo, investigar las responsabilidades de los dirigentes” (V, 175-176).

En nota previa: La “disciplina, si se entiende” como “una relación continua (...) entre gobernantes y gobernados que realiza una voluntad colectiva”, entonces no debe ser una “pasiva y supina recepción de órdenes, ni mecánica ejecución de una consigna –lo que, sin embargo, será necesario en determinadas ocasiones, como, por ejemplo, en medio de una acción ya decidida e iniciada–, sino como una consciente y lúcida asimilación de la directiva a realizar. Por lo tanto, la disciplina no anula la personalidad”, “sino sólo limita el arbitrio” e “impulsividad irresponsable, para no hablar de la fatua vanidad de sobresalir”. La contradicción aparente disciplina – “«personalidad y libertad», se plantea, no por el hecho de la disciplina, sino por el «origen del poder que ordena la disciplina». Si este origen es «democrático», esto es, si la autoridad es una función técnica especializada y no un «arbitrio» o una imposición extrínseca y exterior”, entonces “la disciplina es un elemento necesario de orden democrático, de libertad.

Función técnica especializada será la de decidir cuándo la autoridad se ejerce en un grupo homogéneo socialmente –o nacionalmente–; cuando se ejerce por un grupo sobre otro grupo, la disciplina será autónoma y libre para el primero, pero no para el segundo”.

“En caso de acción iniciada o (...) ya decidida –sin que haya tiempo de reiniciar útilmente la discusión de la decisión–, la disciplina puede también aparecer extrínseca y autoritaria. Pero entonces otros elementos la justifican. Es observación de sentido común que una decisión (...) parcialmente equivocada, puede producir menos daño que una desobediencia, incluso justificada con razones generales, porque a los daños parciales de la orientación parcialmente equivocada, se acumulan los otros daños de la desobediencia y de la duplicación de las orientaciones” (V, 137-138).

Reitera que: “La técnica política (...) se ha transformado (...) después de la expansión del parlamentarismo, del régimen asociativo sindical y de partido, de la formación de amplias burocracias estatales y «privadas» (político – privadas, de partidos y sindicales) y las transformaciones ocurridas en la organización de la policía en el sentido amplio, o sea, no sólo del servicio estatal destinado a la represión de la delincuencia, sino del conjunto de las fuerzas organizadas por el Estado y (...) los particulares para tutelar el dominio político y económico de las clases dirigentes” (V, 66).

En apunte anterior: “Es opinión muy difundida en algunos ambientes –y esta difusión es un indicador de la estatura política y cultural de estos ambientes–, que el mentir es algo esencial del arte político, el saber ocultar astutamente las verdaderas opiniones propias y los verdaderos fines hacia los que se tiende, el saber hacer creer lo contrario de lo que realmente se quiera, etc.”. “La opinión está tan arraigada y difundida, que aunque uno diga la verdad, no es creído”. “En política se podrá hablar de reserva; no de mentira, en el sentido mezquino”. Y “en la política de masas, decir la verdad es, absolutamente, una necesidad política” (III, 25).

Un caso particular: “La tendencia a disminuir el adversario”, que resulta “una prueba de la inferioridad de quien se halla poseído por ella”, pues “se intenta disminuir al adversario para poder creer que se le ha vencido; por lo tanto, en esa tendencia hay también instintivamente un juicio sobre la propia incapacidad y debilidad, o sea, un indicio de autocrítica que se avergüenza de sí misma, que tiene miedo a manifestarse explícitamente y con coherencia sistemática, porque se cree en la «voluntad de creer» como condición de victoria; lo que no sería inexacto, si no fuese concebido mecánicamente y no se convirtiese en un autoengaño”. “Un elemento de tal tendencia es de naturaleza opiácea: es propio de los débiles” creer “que los propios sueños son realidad, que todo se desarrolla según esos deseos”. Como la consecuencia de “la

lucha no debería ser dudosa y ya parece tener la victoria en el puño, la lucha” es ganada “en el sueño; en la realidad, por dondequiera que se comienza a actuar, las dificultades se presentan graves y como necesariamente siempre hay que empezar por cosas pequeñas –porque, por lo general, las grandes cosas son un conjunto de cosas pequeñas–, la «cosa pequeña» es desdeñada” (T – III, pp. 295-296).

Sobre “autocrítica”, escribe: “La ausencia de autocrítica significa falta de voluntad de eliminar las causas del mal y, por lo tanto, es un síntoma de gran debilidad política”, “porque las autocríticas que” no “se quieren hacer en el” ámbito “nacional para evitar determinadas consecuencias necesarias” en el orden “político – social”, “serán hechas por los organismos responsables de los otros países” (T – III, p. 59). La “autocrítica puede dar lugar a bellísimos discursos (...) sin fin, y nada más”; en cuyo caso, es una “autocrítica hipócrita” (T – V, p. 167).

Otro caso particular: “Es probable que” sea “productor de mayor daño que útil en definitiva, el método político de forzar arbitrariamente una tesis científica, para extraer de ella un mito popular enérgico y propulsor”; lo que “podría compararse con el uso de estupefacientes, que crean un instante de exaltación de las fuerzas físicas y psíquicas, pero debilitan permanentemente el organismo” (IV, 173).

En otra serie de ideas: “Debería ser una máxima de gobierno el tratar de elevar el nivel de vida material ⁽²⁵⁾ del pueblo por encima de cierto nivel. En este sentido, no hay que buscar un motivo especial «humanitario» y ni siquiera una tendencia «democrática»: incluso el gobierno más oligárquico y reaccionario ⁽²⁶⁾ debería reconocer la validez «objetiva» de esta máxima, o sea, su valor (...) universal en la esfera de la política, en el arte de conservar y aumentar el poder del Estado. Ningún gobierno puede prescindir de la hipótesis de una crisis económica”, ni “de la hipótesis de verse obligado a hacer una guerra, o sea, tener que superar la máxima crisis a que se puede ver sometida una organización estatal y social. Y puesto que cada crisis significa un descenso del nivel de vida popular, es evidente que se precisa la preexistencia de una zona de descenso suficiente para que la resistencia «biológica» y, por tanto, psicológica del pueblo, no se quebrante al primer choque contra la nueva realidad. El grado de fuerza real de un Estado debe, por tanto, medirse también considerando este elemento, que además” se correlaciona “con los demás elementos (...) sobre la solidez estructural de un país. Si las clases dominantes de una nación no han conseguido superar la fase” de la explotación de “las masas populares hasta el extremo permitido por las condiciones de fuerza, o sea, a reducirlas a la sola vida biológica vegetativa”, entonces “no se puede hablar de fuerza del Estado, sino sólo de apariencia de fuerza” (T – III, pp. 59-60).

BUROCRACIA:

Para *Gramsci*, siguiendo a *Weber*, la burocracia es la parte de la intelectualidad integrada por los funcionarios que realizan las tareas administrativas en el Estado,

Gobierno, los partidos políticos, sindicatos, las empresas y demás sistemas organizacionales o personas jurídicas.

Cada sociedad tiene su tipo de funcionario; pero en la transición de una “vieja” sociedad a otra “nueva”, es inevitable usar temporalmente a los funcionarios ya existentes.

Cuando los funcionarios cobran conciencia de su existencia e intereses grupales y anteponen estos a los del resto de la sociedad, implantan un “centralismo burocrático”, que se caracteriza por la falta de transparencia y el desplazamiento de objetivos.

El centralismo burocrático torna hegemónico, a un grupo social o territorial; o bien a un individuo quien funge como máximo dirigente, selecciona por cooptación a sus subordinados directos y a cuya personalidad se rinde culto.

En cualquier caso, para consolidar y legitimar su hegemonía, ese sujeto grupal o individual inculca en las masas populares la creencia de que trabaja en función de sus intereses y, por tanto, éstas “deben” brindarle consenso e identificar a la Nación, el Estado y demás sistemas organizacionales antedichos, con sus dirigentes.

Vías para la implantación del centralismo burocrático son:

- 1ª Crisis de la hegemonía de la clase políticamente dominante y en particular del sistema de partidos políticos.
- 2ª Falta de producción teórica y, sobre dicha base, deficiente capacitación de los dirigentes y demás miembros de los partidos políticos.
- 3ª Conversión de los burócratas en *eminencias grises*, sobre la base de su autoridad técnica e insuficiente competencia de los políticos.

Condiciones que facilitan esa implantación son:

- Escasa cultura política de las masas populares, que tiene como efectos:
 - ✓ Baja participación política.
 - ✓ Fetichismo del Estado, Gobierno, los Partidos políticos, sindicatos y demás sistemas organizacionales que intervienen en el sistema político, como entidades con funcionamiento autónomo de las personas naturales.
 - ✓ Adoración y sumisión fanáticas al Estado y sus dirigentes o “Estadolatría”.
- Desarrollo de los Partidos políticos a un ritmo menor al de los cambios en su entorno nacional e internacional.
- Incompetencia de los políticos.

Para prevenir el centralismo **burocrático**, hay que diseñar e implantar el sistema político, sobre la base del centralismo **democrático**, de modo que la sociedad *política* favorezca:

- El funcionamiento y desarrollo de la sociedad *civil*, en la cual los grupos sociales e individuos puedan desplegar formas legales de “autogobierno” e iniciativa.
- La formación de un “bloque histórico” o alianza entre los trabajadores manuales e intelectuales.
- La participación política de las masas populares, a partir de su capacitación y motivación para ello.
- La libertad para criticar al, y discrepar del, Estado, Gobierno, los Partidos políticos, sindicatos y demás sistemas organizacionales que intervienen en el sistema político, así como a sus dirigentes.
- El control de los funcionarios y dirigentes, no sólo “desde arriba”, sino también “desde abajo”.

En las palabras de *Gramsci*: “Ver los libros que (...) criticaron un estado de cosas «similar», como el “de *Max Weber*, «Parlamento y gobierno en el nuevo ordenamiento de Alemania. Crítica política de la burocracia y de la vida de los partidos» (II, 103).

En otra nota define a “la burocracia” como “los empleados de la administración estatal”, excluyendo a “los ferroviarios” y demás trabajadores de “industrias y servicios estatizados”, así como a “los maestros de escuela” pública (IV, 53).

En uno de sus apuntes iniciales, atribuyó la reproducción social de los burócratas a relaciones parentales: “La burocracia (...) tiene un carácter (...) de casta” (II, 273). Pero en otro ulterior, dio a su origen un carácter histórico – concreto: “El hecho de que (...) se haya venido formando el tipo del funcionario «de carrera» técnicamente adiestrado para el trabajo burocrático civil y militar, tiene un significado primordial en la **ciencia política**”, pues toda sociedad “ha tenido *su* propio problema de los funcionarios, un modo de plantearlo y resolverlo ⁽²⁷⁾, su propio sistema de selección” y “tipo de funcionario que educar”.

“El problema de los funcionarios coincide en parte con el (...) de los intelectuales. Pero “aunque “cada nueva” sociedad “ha tenido necesidad de un nuevo tipo de funcionario”, “los nuevos grupos dirigentes no han podido (...) prescindir, al menos por cierto tiempo, de la tradición” e “intereses constituidos, o sea, de las formaciones de funcionarios ya existentes (...) en el momento de su advenimiento” (V, 76).

Acercándose al punto de vista leninista, de que la burocracia es el subconjunto de los funcionarios quienes anteponen sus intereses a los del pueblo, del que se apartan ⁽²⁸⁾, *Gramsci* alega que una de las acepciones de “autogobierno” es la “lucha contra el centralismo de la alta burocracia gobernante”, mediante “instituciones confiadas a una burocracia controlada inmediatamente desde abajo. Burocracia convertida en necesidad: debe plantearse la cuestión de formar una burocracia honrada y desinteresada, que no abuse de su función, para hacerse independiente del control del sistema representado” (III, 245)

En relación con el último párrafo, *Gramsci* dio continuidad, tanto al tema del **autogobierno**, como a la “cuestión” planteada de los **funcionarios que se colocan por encima del pueblo**.

Acerca del **autogobierno**, expuso que la “estadolatría” es “una determinada actitud hacia el «gobierno de funcionarios» o sociedad política, que en el lenguaje común es la forma de vida estatal a la que se” denomina “Estado y que vulgarmente es entendida como todo el Estado”.

“La afirmación de que el Estado se identifica con los individuos (...) de un grupo social, como elemento de cultura activa, o sea, como un movimiento para crear una nueva civilización, un nuevo tipo de hombre ⁽²⁹⁾ y de ciudadano, debe servir para determinar la voluntad de construir, en el marco de la sociedad *política*, una sociedad *civil* compleja y bien articulada, en la que el individuo particular se gobierne por sí mismo, sin que por ello este su **autogobierno** entre en conflicto con la sociedad *política*, sino, por el contrario, se convierta en su continuación normal, en su complemento orgánico. Para algunos grupos sociales que antes de acceder a la vida estatal autónoma no han tenido un largo período de desarrollo cultural y moral propio e independiente, como en (...) los gobierno absolutos” ⁽³⁰⁾, “un período de «estadolatría» es necesario e incluso oportuno”, pues representa “la forma normal de «vida estatal» de iniciación, al menos, en la vida estatal autónoma y en la creación de una «sociedad civil» que no fue históricamente posible crear antes del acceso a la vida estatal independiente. Sin embargo, esta «estadolatría» no debe ser abandonada a sí misma”, ni “convertirse en fanatismo teórico y ser concebida como «perpetua»: debe ser criticada”, “para que se desarrolle(n) y produzca(n) nuevas formas de vida estatal, en las que la iniciativa de los individuos y grupos sea «estatal», aunque no se deba al gobierno de funcionarios; hacer que la vida estatal se vuelva «espontánea»”, es decir, no esté pautada rígidamente, sino dé más grados de libertad a la “«iniciativa individual»” (III, 282-283).

Esto se relaciona con que “sucede que muchos intelectuales creen”, en ocasiones, “que ellos son el Estado”; lo “que, dada la masa imponente de la categoría, a veces tiene

consecuencias notables y lleva a complicaciones desagradables” (IV, 360. Ver además II, 190).

Ello pasa, en particular, “cuando el impulso del programa no va estrechamente ligado a un vasto desarrollo económico local”, “sino (...) es el reflejo del desarrollo internacional que manda a la periferia ⁽³¹⁾ sus corrientes más avanzadas, nacidas sobre la base del desarrollo productivo de los países más avanzados, entonces el grupo portador de las nuevas ideas no es” aquél “económico, sino la capa de los intelectuales; y la concepción del Estado de la que se hace propia, cambia de aspecto: éste es concebido como una cosa en sí, como un absoluto racional”; pues “siendo el Estado la forma concreta de un mundo productivo y siendo los intelectuales el” grupo “social del que se extrae el personal gobernante, es propio del intelectual no anclado fuertemente en un poderoso grupo económico, presentar al Estado como un absoluto” y “así es concebida como (...) preeminente la (...) función de los intelectuales, es racionalizada abstractamente su existencia y (...) dignidad histórica” (IV, 233. Ver además I, 189).

Respecto a los **funcionarios que se colocan por encima del pueblo**, *Gramsci* expresó dos de sus cualidades: *falta de transparencia* y *desplazamiento de objetivo* (goal displacement)

- Falta de transparencia: “la alta burocracia no escribe sobre su propia actividad” (II, 273).
- Desplazamiento de objetivo: “quien (...) se ha vuelto esclavo de las minucias, se burocratiza: ve el árbol y no (...) el bosque, el reglamento y no el plan estratégico” (V, 288. Ver además I, 172).

Sobre los burócratas, *Gramsci* añadió: “Relacionada con la cuestión de la burocracia y de su organización «óptima», se halla la discusión sobre los llamados «centralismo orgánico» y «centralismo democrático». “Habrá que buscar y examinar las relaciones económicas y políticas reales que encuentran su forma organizativa”, “articulación y (...) funcionalidad, en las diversas manifestaciones de centralismo *orgánico* y *democrático* en todos los campos: en la vida estatal –unitarismo, federación” y confederación–” e “interestatal –alianzas” y otras “formas (...) de «constelación» ⁽³²⁾ política internacional–, en (...) las asociaciones (...) –Masonería, Rotary Club, Iglesia Católica–, sindicales, económicas –cárteles, trust–, en un mismo país, en diversos países, etc.”.

Al respecto, “hay que distinguir en las teorías del centralismo *orgánico*, entre” las “que velan un programa preciso de predominio (...) de una parte sobre el todo –(...) sea (...) esa parte (...) un estrato como” el “de los intelectuales”, o bien “un grupo territorial «privilegiado»– y aquellas que son una pura oposición unilateral de sectarios y

fanáticos”, pero “pueden ocultar un programa de predominio, generalmente” de “una sola individualidad” (33). En ambos casos, el “nombre más exacto sería centralismo **burocrático**. La «organicidad» no puede ser más que del centralismo **democrático**, el cual es (...) una continua adecuación de la organización al movimiento real, un contemporizar los impulsos de abajo, con el mando de arriba; una inserción continua de los elementos que brotan de lo profundo de la masa, en el marco sólido del aparato de dirección que asegura la continuidad y (...) acumulación regular de las experiencias”; y, por todo ello, “no se endurece mecánicamente en la burocracia y, al mismo tiempo, toma en cuenta aquello que es relativamente estable y permanente o que (...) se mueve en una dirección fácil de” prever.

“Este elemento de estabilidad en el Estado, se encarna en el desarrollo orgánico del núcleo central del grupo dirigente, tal como sucede, en una escala más restringida, en la vida de los partidos. El predominio del centralismo **burocrático** en el Estado, indica que el grupo dirigente está (...) convirtiéndose en una camarilla estrecha, que tiende a perpetuar sus mezquinos privilegios, regulando” e “incluso sofocando el nacimiento de fuerzas contrarias, aunque (...) sean homogéneas a los intereses dominantes fundamentales” (34).

“En todo caso, hay que señalar que las manifestaciones (...) de centralismo **burocrático**, se han producido por deficiencias de iniciativas y responsabilidad en la base, o sea, por el primitivismo político de las fuerzas” en ese ámbito (V, 76-78. Ver además IV, 49-51).

Y en relación con el último párrafo, había escrito que “el problema de la burocracia (...) hay que considerarlo (...) en el marco de la «pasividad» social (III, 269-270); idea que desarrolló después, esbozando el **fetichismo de los sistemas organizacionales**, anticipándose a los hallazgos que unos 40 años después expondría *Silverman*:

Cada sistema organizacional “está constituido por individuos, los cuales forman el organismo, en cuanto que se han dado (...) una dirección determinada. Si cada uno de los componentes individuales piensa” en ese sistema “como una entidad extraña a sí mismo”, entonces “este organismo no existe ya de hecho, sino (...) se convierte en una fantasía del intelecto, en un fetiche”, como puede pasar con “el Estado”, “la Nación, los Partidos políticos, etcétera”. Para prevenir ese fetichismo, hace falta “una actitud crítica (...) del individuo con respecto al organismo”. De lo contrario, el “individuo espera que el organismo haga, aunque él no actúa; y no reflexiona que” si resulta “su actitud muy difundida”, entonces “el organismo es necesariamente inoperante” (35).

Tal expectativa “está vinculada a la pasividad de las grandes masas populares”, que se refuerza cuando “cada individuo” percibe que pese a “su no intervención, algo sucede”; por lo cual “tiende a pensar que, por encima de los individuos, existe una entidad fantasmagórica” y “autónoma”.

Por ello, “es cuestión de vida o muerte, no el consenso pasivo e indirecto, sino el activo y directo; la participación de los individuos, aunque ello provoque una apariencia de disgregación y (...) tumulto. Una conciencia colectiva (...) no se forma, sino después de que la multiplicidad se ha unificado a través de la discrepancia de los individuos” (V, 190-191), acorde con el principio dialéctico de *unidad en la diversidad*.

Luego, *Gramsci*, acorde con *Lenin* ⁽²⁸⁾, planteó que una escasa cultura política y, como uno de sus efectos, una baja participación política, condicionan una burocratización de la sociedad la cual, a su vez, fortalece aquellas; en una dialéctica interdependencia de variables que, a modo de un “juego de acciones y reacciones”, había sido explicada por Engels en sus cartas filosóficas de 1890-1895 ⁽³⁶⁾. Por el contrario, tal participación es una condición necesaria para prevenir esa burocratización.

Otra condición es la formación de un “bloque” o alianza entre trabajadores manuales e intelectuales:

“El elemento popular «siente», pero no siempre comprende o sabe; el elemento intelectual «sabe», pero no siempre comprende” ni «siente». Luego, “los dos extremos son, la pedantería y el filisteísmo”, de “una parte, y la pasión ciega y el sectarismo, por la otra. No es que el pedante no pueda ser apasionado: todo lo contrario, la pedantería apasionada es tan ridícula y peligrosa como el sectarismo y la demagogia más desenfrenadas. El error del intelectual consiste «en creer» que se puede «saber» sin comprender y especialmente sin (...) ser apasionado –no sólo del saber en sí, sino por el objeto del saber–; o sea, que el intelectual puede ser tal –y no un puro pedante– si es distinto y separado del pueblo – nación”, “sentir las pasiones elementales del pueblo, comprenderlas y, en consecuencia, explicándolas en esa situación histórica determinada y vinculándolas dialécticamente a las leyes de la historia, a una concepción superior del mundo, científica”: “el «saber»; no se hace política – historia sin esta (...) conexión sentimental entre intelectuales y pueblo – nación. En ausencia de tal nexo, las relaciones del intelectual con el pueblo (...) se reducen a” vínculos “de orden (...) burocrático”, en los cuales “los intelectuales se convierten en una casta”: “el llamado centralismo *orgánico*. Si la relación entre los intelectuales y el pueblo – nación”, y “entre dirigentes y dirigidos”, “es dada por una adhesión orgánica, en la que el sentimiento – pasión se convierte en comprensión y, por lo tanto, en saber –no mecánicamente, sino en forma viva–, sólo entonces” esa concatenación “es de representación y se produce el intercambio de elementos individuales entre gobernantes y gobernados”; o sea, que se realiza la vida de conjunto, que es la única fuerza social: se crea el «bloque histórico»” (V, 346-347. Ver además II, 164).

Gramsci esboza 3 vías para la burocratización de la sociedad que, como ya se dijo, son:

- 1ª Crisis de la hegemonía de la clase políticamente dominante y en particular del sistema de partidos políticos.
- 2ª Falta de producción teórica y, sobre dicha base, deficiente capacitación de los dirigentes y demás miembros de los partidos políticos.
- 3ª Conversión de los burócratas en *eminencias grises*, sobre la base de su autoridad técnica e insuficiente competencia de los políticos.

Respecto a las dos primeras vías, hay que aclarar que *Gramsci* concuerda con que los partidos políticos agrupan a la parte más activa y consciente de las clases sociales, pero “no son solamente una expresión mecánica y pasiva de las clases mismas, sino que reaccionan enérgicamente sobre ellas, para desarrollarlas, consolidarlas, universalizarlas” (II, 102).

Crisis de la hegemonía de la clase políticamente dominante y en particular del sistema de partidos políticos: “los grupos sociales se separan de sus partidos tradicionales”, cuando estos tienen “determinada forma organizativa” y “determinados hombres que los constituyen” y “dirigen”, que “no son ya reconocidos como su expresión por su clase o fracción de clase. Cuando estas crisis tienen lugar, la situación inmediata se vuelve (...) peligrosa, porque el campo queda abierto a soluciones de fuerza”, o “a la actividad de (...) hombres providenciales o carismáticos”; “que del terreno de los partidos”, “se refleja en todo el organismo estatal, reforzando la posición relativa del poder de la burocracia civil y militar”.

“En cada país el proceso es distinto”, pero “el contenido es el mismo”: “la crisis de hegemonía de la clase dirigente, que se produce” cuando ésta “ha fracasado en alguna gran empresa política para la que ha solicitado o impuesto con la fuerza el consenso de las grandes masas, como la guerra; o porque vastas masas (...) han pasado de golpe, de la pasividad política, a una cierta actividad y plantea reivindicaciones que, en su conjunto”, “constituyen una (...) «crisis de autoridad» y esto precisamente es la crisis de hegemonía, o crisis del Estado en su conjunto”.

Es una situación en la cual existe la *posibilidad* de una transformación en el poder político. Pero ésta puede no hacerse *realidad*, “porque los diversos estratos de la población no poseen la misma capacidad de orientarse rápidamente y de reorganizarse con el mismo ritmo. La clase tradicional dirigente, que tiene un numeroso personal adiestrado, cambia hombres y programas”, “hace (...) sacrificios, se expone a una futura oscuridad con programas demagógicos, pero conserva el poder, lo refuerza por el

momento, y se sirve de él para aniquilar a su adversario y dispersar a su personal de dirección, que no puede ser muy numeroso” ni “adiestrado”.

“Este orden de fenómenos está vinculado a una de las cuestiones más importantes que conciernen al partido político, a saber, la incapacidad (...) para reaccionar contra el espíritu de hábito” y “las tendencias a momificarse”. “Los partidos nacen (...) para dirigir la situación en momentos históricamente vitales para su clase, pero no siempre saben adaptarse a las nuevas tareas y (...) épocas”, ni “desarrollarse según (...) van” variando “las relaciones (...) de fuerza y, por lo tanto, la posición relativa de sus clases en el país determinado o en el” ámbito “internacional”. En ese proceso, la “burocracia es la fuerza consuetudinaria y conservadora más peligrosa: si (...) acaba por constituir un grupo sólido, que se apoya en sí mismo y se siente independiente de la masa”, entonces “el partido acaba por volverse anacrónico y, en los momentos de crisis aguda, queda vacío de su contenido social”.

“Al examinar este orden de acontecimientos, suele descuidarse el dar su justo lugar al elemento burocrático civil y militar; y no se tiene presente, además, que en tales análisis no deben entrar sólo los elementos militares y burocráticos en acción, sino”, también, los grupos “sociales en los que, en los” Estados “dados, la burocracia es tradicionalmente reclutada” (V, 52-53).

Falta de producción teórica y, sobre dicha base, deficiente capacitación de los dirigentes y demás miembros de los partidos políticos: “El Estado ha operado como un «partido», se ha colocado por encima de los partidos, no para armonizar sus intereses y (...) actividades”, “sino para disgregarlos”, “apartarlos de las grandes masas y tener «una fuerza sin partido ligada al gobierno con vínculos paternalistas de tipo bonapartista – cesáreo»”.

De las clases surgen “los partidos políticos” y de los mismos, “los hombres de Estado y de gobierno, los dirigentes de la sociedad *civil* y de la sociedad *política*. Debe haber una cierta relación útil y fructífera en estas manifestaciones y (...) funciones”. Pero donde “falta la actividad teórica (...) de los partidos”, sobra la “facilidad de” de “descomponerlos, corrompiéndolos, absorbiendo a sus pocos hombres indispensables”. “Las universidades” y demás “instituciones que elaboraban las capacidades intelectuales y técnicas, no permeadas por la vida de los partidos, formaban cuadros (...) apolíticos, con formación mental puramente retórica”.

“Así, la burocracia se enajenaba del país y, a través de las posiciones administrativas, se convertía en un verdadero partido político, el peor de todos, porque la jerarquía

burocrática sustituía a la jerarquía *intelectual y política*: la burocracia se convertía precisamente en el partido estatal – bonapartista” (II, 102-103).

Conversión de los burócratas en *eminencias grises*, sobre la base de su autoridad técnica e insuficiente competencia de los políticos: “Se puede observar (...) que, cada vez más, los órganos deliberantes tienden a distinguir” en “su actividad” dos tareas: “la *deliberativa*, que les es esencial y la *técnica – cultural*”, en “que las cuestiones acerca de las cuales “hay que tomar resoluciones, son primero examinadas por expertos”. “Esta actividad ha creado ya todo un cuerpo burocrático de una nueva estructura”, el cual incluye, tanto a los que “preparan el material técnicos para” la primera tarea de los “los cuerpos deliberantes”, como a quienes elaboran los dictámenes y recomendaciones en aras de su segunda tarea.

“Es éste uno de los” métodos mediante “los cuales la burocracia (...) acabó por controlar” a “los” gobiernos. “Puesto que se trata de un desarrollo (...) necesario” el “que tiende a integrar el personal especializado en la (...) política, con personal especializado en las cuestiones concretas de administración de las actividades prácticas esenciales de las grandes y complejas sociedades nacionales modernas, todo intento de exorcizar estas tendencias *desde el exterior* no produce otro resultado que prédicas moralistas y gemidos retóricos”. La solución hay que buscarla *desde el interior* de tal actividad. “Se plantea la cuestión de modificar la preparación del (...) político, integrando su cultura según las nuevas necesidades”; así como disponer de “nuevos tipos de funcionarios especializados, que (...) integren la actividad deliberante. El tipo tradicional del «dirigente» político (...) se vuelve anacrónico y representa un peligro para la vida estatal; el dirigente debe tener” el “mínimo de cultura general (...) que le permita, si no «crear» autónomamente la solución justa, sí saber juzgar entre las soluciones” propuestas “por los expertos y elegir en consecuencia la que” sea “justa desde el punto de vista (...) de la (...) política”. Y su complemento resulta un órgano deliberativo “que busca incorporarse la competencia técnica necesaria para operar” (IV, 367-368. Ver además II, 196).

Pasando a otro aspecto, *Gramsci* señala que la burocratización ocurre no sólo en la sociedad *política*, sino además en la *civil*: “las empresas que (...) se han burocratizado”, “no han estimulado las necesidades” ni “organizado su satisfacción, por lo que frecuentemente ha sucedido que la iniciativa *individual* ha dado mejores frutos que la iniciativa *organizada*. La verdad era que en este segundo caso no existe (...) «organización», sino sólo burocracia”. “A menudo, la supuesta organización, en vez de ser un renovador de” los “esfuerzos, era un (...) deprimente (...) obstruccionismo, o un sabotaje” (V, 150).

BIBLIOGRAFÍA:

1. Acanda, J. (1996): “Sociedad civil y hegemonía”, en revista “Temas” N° 6, La Habana, abr – jun/96, pp. 87-93.
2. Acanda, J. (moderador) – (1997): “Releyendo a Gramsci: hegemonía y sociedad civil”, Mesa Redonda de la Revista “Temas”, publicada en su N° 10, La Habana, abr – jun/97, pp. 75-86.
3. Acanda, J. (2002): “Sociedad civil y hegemonía”, Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana (CIDCC) “Juan Marinello”, La Habana.
4. Aguirre, E. (1991): “Lenin sobre el burocratismo”, ISHMT, La Habana.
5. Cátedra de Estudios Antonio Gramsci del CIDCC (2002): “Hablar de Gramsci”, CIDCC “Juan Marinello”, La Habana.
6. Fiori, G. (2002): “Vida de Antonio Gramsci”, Edizioni della Sabbia, Verona (Italia).
7. Gerratana, V. (ed.) – (1999): “Cuadernos de la cárcel” en 6 tomos, Editoriales *Era + Benemérita Universidad Autónoma de Puebla* (BUAP), México D. F.
8. Giacomini, R. (2001): “Antonio Gramsci”, CIDCC “Juan Marinello”, La Habana.
9. Kanoussi, D. (ed.) – (1998): “Los estudios gramscianos hoy”, Editoriales *BUAP + Plaza y Valdés*, México D. F.
10. Kanoussi, D. (2000): “Una introducción a «Los cuadernos de la cárcel» de Antonio Gramsci”, Editoriales *BUAP + Gramsci Society + Plaza y Valdés*, México D. F.
11. Kanoussi, D. (ed.) – (2003): “Antonio Gramsci: cartas desde la cárcel, 1926-1937”, Editoriales *Era + BUAP + Fondazione Instituto Gramsci*, México D. F.
12. Lenin (1963): “El imperialismo: fase superior del capitalismo”, Política, La Habana.
13. Marx, C. y Engels, F. (1975): “Obras escogidas” en un volumen, Progreso, Moscú.
14. Silverman, D. (1970): “The theory of organisations”, Heinemann, London.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS Y NOTAS:

1 Cf. Gerratana, V. (ed.): “Cuadernos de la cárcel”, Editoriales *Era* y *Benemérita Universidad Autónoma de Puebla*, México D. F., 1999, 6 tomos. En lo sucesivo, salvo que se precise otra fuente, las citas corresponden a esta obra, especificando los tomos en números romanos y las páginas en arábigos. En parte de los casos, *Gramsci* anotó una idea en un primer momento y en otro ulterior la desarrolla o reformula; en cuyo caso, aquí se cita la versión final y se referencia (“Ver además...”) la inicial. Se trató de respetar el peculiar estilo de *Gramsci*, pero, en aras de la mejor comprensión de las citas, se suprimieron palabras o frases innecesarias e ideas secundarias y sustituyeron algunos vocablos por otros más entendibles o para evitar reiteraciones. Las negritas, cursivas y subrayados, son del presente trabajo.

2 Como hizo Lenin en “El imperialismo: fase superior del capitalismo”, en cuyo Prólogo explicó: “El folleto está escrito con vistas a la censura zarista. Por esto, no sólo me vi precisado a limitarme (...) a un análisis exclusivamente teórico”, “sino que también hube de formular las indispensables y poco numerosas observaciones políticas con la mayor prudencia, valiéndome de alusiones y, “en lo que se refiere a las anexiones, me vi precisado a tomar el ejemplo ¡del Japón!. El lector atento sustituirá fácilmente al Japón por Rusia; y a Corea, por Finlandia (...) y otros territorios del imperio zarista no poblados por rusos”. Cf. Lenin: op. cit., Política, La Habana, 1963, pp. 3-4.

3 Desde un punto de vista lógico formal, mediante *juicios condicionales no exclusivos*, a los que aquí se da su forma canónica de “Si..., entonces...”.

4 Cf. Acanda, J.: “Sociedad civil y hegemonía”, en revista “Temas” N° 6, La Habana, abr – jun/1996, pp. 87-93; Acanda, J. (moderador): “Releyendo a Gramsci: hegemonía y sociedad civil”, Mesa Redonda de la Revista “Temas”, publicada en su N° 10, La Habana, abr – jun/1997, pp. 75-86; Acanda, J.: “Sociedad civil y hegemonía”, Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana (CIDCC) “Juan Marinello”, La Habana, 2002; y Hernández, Rafael: “¿Pero acaso hay un debate en Cuba sobre la sociedad civil?”, en Cátedra de Estudios Antonio Gramsci del CIDCC: “Hablar de Gramsci”, CIDCC “Juan Marinello”, La Habana, 2002, pp. 137-147. El último tiene una “Selección de bibliografía cubana sobre sociedad civil (entre) 1993-2002”, en las pp. 145-147. Ver además Fontana, B.: “El problema del sujeto histórico: hegemonía y política en Gramsci”, en Kanoussi, D. (ed.): “Los estudios gramscianos hoy”, Editoriales *Benemérita Universidad Autónoma de Puebla + Plaza y Valdés*, México D. F., 1998, pp. 59-67.

5 Sobre la “desocupación” y “superproducción escolar”, en otra nota señala: “A la más refinada especialización técnico – cultural, no puede dejar de corresponder la mayor extensión posible de la difusión de la instrucción primaria y la mayor solicitud para favorecer los grados intermedios en el mayor número posible. Naturalmente, esta necesidad de crear la más amplia base posible para la selección y elaboración de las más altas calificaciones intelectuales”, “no carece de inconvenientes”: “crea (...) la posibilidad de vasta crisis de desocupación de los (...) intelectuales” (IV, 356-357. Acerca del desempleo de la intelectualidad, ver además I, 174).

6 Sobre los flujos migratorios de intelectuales, ver además I, 133 y II, 319.

7 Luego, para el propio *Gramsci*, los tipos *urbano* y *rural* no son absolutos, pues puede haber al menos intelectuales del segundo tipo en las ciudades. Y en la práctica se observa que también hay intelectualidad del primer tipo para la producción de bienes y servicios en el campo.

8 Y en la práctica se observa que también en la ciudad.

9 “clases instrumentales” = los trabajadores de la producción de bienes y servicios.

10 «toda la masa económicamente activa» = los trabajadores de la producción de bienes y servicios.

11 “molecularmente” = personas de una en una.

12 “nueva situación”, como la construcción del socialismo.

13 “concepción del mundo nueva e integral”, como el marxismo – leninismo.

14 “la filosofía de la praxis” = el marxismo – leninismo.

15 La relación entre las masas populares e intelectuales en el pasado había seguido la vía de la producción de utopías: “Las Utopías son” creadas por “intelectuales independientes, que (...) sustancialmente reflejan, muy deformadas, las condiciones de inestabilidad y (...) rebelión latente(s)” en “las grandes masas populares de la época; son, en el fondo, manifiestos políticos de intelectuales que quieren alcanzar el Estado óptimo”. Estos “intelectuales aislados trataron de hallar, a través de las Utopías, una solución a una serie de problemas vitales de los humildes; o sea, que buscaron un nexo entre intelectuales y pueblo” (VI, 185-186).

16 *Antes* de la toma del poder.

17 *Después* de la toma del poder.

18 “*expositor*” = máximo dirigente.

19 “pensadores y (en especial) científicos” quienes devienen los intelectuales *oficiales*.

- 20 “autolimitación de los dirigentes”, no *autocensura de los intelectuales*.
- 21 “cedazo de academias” = **evaluación académica**, no *control administrativo*.
- 22 Contra la “ciencia oficial” y el *lysenkismo*, así como el *criterio de autoridad*.
- 23 “nueva situación”, como la construcción del socialismo.
- 24 Entiéndase como **innovaciones tecnológicas** a las “actividades vinculadas a la vida” social, en particular la “producción”, distribución, intercambio y consumo de bienes y servicios, sobre la base de los productos de la investigación científica y el desarrollo tecnológico.
- 25 “elevar el nivel de vida material”, dicho por alguien a quien no puede reprochársele desinterés por lo espiritual.
- 26 “el gobierno más oligárquico y reaccionario”, así como, con más razón, uno progresista.
- 27 Reiteración de una nota previa: “Puede decirse que cada forma de sociedad tiene su planteamiento o solución del problema de la burocracia y una no puede ser igual a otra (III, 245-246).
- 28 Cf. Aguirre, E.: “Lenin sobre el burocratismo”, ISHMT, La Habana, 1991.
- 29 U “hombre nuevo”.
- 30 Por ejemplo, en la ex – Rusia zarista.
- 31 Como la ex – Rusia zarista u otros países subdesarrollados que iniciaron la construcción del socialismo.
- 32 Como un *bloque* con un país “planeta” y varios “satélites”.
- 33 Acerca del último caso, de primacía de un solo individuo, en una nota ulterior, *Gramsci* escribió: “El llamado «centralismo orgánico» se basa en el principio de que un grupo político es seleccionado por «cooptación» en torno a un «portador infalible de la verdad», a un «iluminado por la razón», que ha encontrado las leyes naturales (...) de la evolución histórica, infalibles (...) a largo plazo”, “aunque los acontecimientos inmediatos «parezcan» desmentirlas” (V, 91).
- 34 Acerca del “predominio del centralismo burocrático en el Estado” por la tendencia del “grupo dirigente (...) a perpetuar sus mezquinos privilegios”, en un apunte posterior escribió “del llamado «centralismo orgánico», que “se basa en el presupuesto –que es cierto sólo en momentos excepcionales, de enardecimiento de las pasiones populares–, de que la relación entre gobernantes y gobernados es dada por el hecho de que los gobernantes hacen los intereses de los gobernados y, por lo tanto, «deben» tener su consenso, o sea, que debe darse la identificación del individuo con el todo”, “–cualquier organismo que éste sea– estando representado por los dirigentes (V, 191).
- 35 Cf. Silverman, D.: “The theory of organisations”, Heinemann, London, 1970; en cuyo capítulo II criticó la imagen de los sistemas organizacionales como entidades vivas, aclarando que no tienen necesidades propias, ni ejecutan acciones independientes de los seres humanos que las componen. Su “reificación”, adscribiéndoles esas cualidades, es una injustificada extensión del lenguaje coloquial, por una parte y, de la otra, un juicio de valor, el cual oculta el hecho de que las más importantes necesidades o acciones las cuales se atribuyen a los sistemas organizacionales, resultan sospechosamente similares a los intereses de sus respectivos dirigentes, o las que creen más eficientes los docentes, consultores e investigadores quienes los asesoran.
- 36 Ver las cartas de F. Engels a: J. Bloch el 21-22/09/1890 (“Es un juego mutuo de acciones y reacciones”), K. Schmidt el 27/10/1890 (“Es un juego de acciones y reacciones”. “De lo que adolecen todos estos señores es de falta de dialéctica. No ven más que causas aquí y efectos allí. Que esto es una vacua abstracción, que en el mundo real esas antítesis polares metafísicas no existen más que en momentos de crisis y que la gran trayectoria de las cosas discurre toda ella bajo forma de acciones y reacciones”, “que aquí nada hay absoluto y todo es relativo, es cosa que ellos no ven; para ellos, no ha existido *Hegel*”) y F. Mehring el 14/07/1893 (“Este modo de ver se basa en una representación vulgar antidialéctica de la causa y el efecto, como dos polos fijamente opuestos, en un olvido absoluto del juego de acciones y reacciones”); las tres, en C. Marx (y) F. Engels: “Obras escogidas” en un volumen, Progreso, Moscú, 1975, respectivamente pp. 717, 722 y 725, así como 728.

La Habana, mayo de 2008.